

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre.....	27
Semestre.....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Importancia de la mision de las maestras de primera enseñanza, y necesidad de su formacion especial (continuacion).—Al niño Manuel, hijo de los señores de De-Vos (poesía).—¡Sombras!—Catorce años: A la simpática y distinguida poetisa señorita doña Clotilde Aurora Príncipe (poesía).—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuacion).—Revista de modas.—Explicacion del figurin.

IMPORTANCIA DE LA MISION DE LAS MAESTRAS DE PRIMERA ENSEÑANZA, Y NECESIDAD DE SU FORMACION ESPECIAL (I).

II.

En nuestro anterior artículo quedó apuntada la necesidad de volver los ojos hácia el programa reglamentario que habilita á la mujer para el magisterio público. En este vamos á continuar nuestras observaciones con la brevedad y concision que nos permiten estas columnas.

(1) Véase el número anterior.

Desde luego se puede asegurar que las funciones de la maestra de primera enseñanza apenas son otra cosa que una continuacion de las funciones de la madre de familia. Para que una escuela de niñas tenga organizacion perfecta, ha de ser vivo trasunto del hogar doméstico. Entre estas dos cosas no puede existir otra diferencia que la que se nota entre dos pinturas de diverso tamaño y asunto idéntico. El hogar es la miniatura de la escuela, y esta una pintura mayor, donde se reproduce el hogar. Allí, bajo la ternura de una sola madre, alienta una familia mas numerosa; y cuando esto sucede, cuando los seres inocentes que allí concurren se acostumbran á hallar en aquel refugio misterioso y encantador una tradicion cumplida de la vida doméstica y un solo rayo del sol de la maternidad, el espectáculo que allí se ofrece tiene un no sé qué de grande y conmovedor que conforta el alma y la inunda de alegría. Entonces es cuando el magisterio se ostenta en la plenitud de su belleza evangélica; entonces es cuando se manifiesta con la superior sublimidad de un verdadero sacerdocio.

En la educacion moral y religiosa difícilmente podrá competir la maestra de primera enseñanza con

una buena madre de familia. Esto se concibe á simple vista.

Sin embargo, las buenas madres escasean cada vez mas, no tanto por el carácter especial de los tiempos cuanto por la ignorancia de la mujer, que se priva con frecuencia de sus admirables privilegios por no tener siquiera nocion de sus preciosos deberes.

En este concepto, el programa que ha de habilitar á la mujer para el ejercicio de la primera enseñanza, debe aspirar á crear en ella algo que pueda reemplazar á las madres en el cumplimiento de su mision: debe robustecer y vigorizar en su alma el sentimiento de lo bello, que es una forma de lo moral, y el sentimiento de lo infinito, que es la Religion. Debe darla aptitud para saber inspirar estas dos cosas venerandas, mejor que para enseñarlas, pues la moral y la Religion, cuando no se inspiran, cuando no se apoderan de las mas delicadas fibras sensitivas, caen sobre una tierra infecunda, donde la planta del bien no podrá florecer y fructificar. Ademas, esta nueva madre, antes de ejercer su ministerio, ha de comprender sus grandes escelencias, ha de profesar movida de un amor ferventísimo hácia su mision, dispuesta á cumplir su obra de caridad y de filantropía, y á ofrecer á la humanidad un gran sacrificio, poco remunerado es cierto, pero muy superior á los ojos de Dios y de los hombres, pues cuando aquellas almas que se consagran al bien en el secreto no hallan flores en la tierra, hallan en cambio sonrisas en el cielo.

De lo dicho se deduce que todo esto reclama un aprendizaje especial, una educacion completa y esmerada, que si no pide grandes esfuerzos, porque se acomoda pronto y bien á la índole y carácter de la mujer, no por eso deja de ser trascendental y exigir los auxilios mas eficaces de la ciencia, reducida en la actualidad á una negacion bastante absoluta.

Para conseguir estos resultados, algo se podria adelantar haciendo obligatoria la asistencia á las escuelas normales á las aspirantes al magisterio; pero aun esto es ineficaz, como aquellas no entren mas en vias de progreso, anulándose en ellas los elementos rutinarios y las prácticas superficiales.

Mayores esfuerzos reclama seguramente la educa-

cion intelectual de la mujer para su consagracion á la primera enseñanza. En España se ha dado en flor de asegurar que el magisterio no necesita gran suma de conocimientos para llenar su mision, basando al efecto atestarle de nociones y rudimentos. Hé aquí precisamente realizada una frase del lenguaje comun que se enuncia en esta forma: *disciplina de todo y maestro de nada*. Pues bien; con esta frase damos á entender la ineptitud suprema, la ignorancia suprema, y hasta la pedanteria suprema.

Es una vergüenza que en plena civilizacion haya sustentado este disparate, hasta en el sagrado ámbito del libro, y es mayor vergüenza todavia que la critica, lejos de haberle triturado con pluma y hierro, le haya ensalzado magnificamente, proporcionando á los que le han concebido laureles utópicos. Motivos hay ya para que nuestra propia indulgencia ceda su puesto á un tardío arrepentimiento.

La antigüedad culta no tuvo del magisterio una exigua idea; y si hubiéramos de exhumar su figura del panteon de las civilizaciones muertas, no podríamos menos de asombrarnos de su talla.

La dignidad enorme del magisterio sustentada por cabezas tan colosales como la de Sócrates, Platón, Quintiliano, y hasta el mismo Jesucristo, evidentemente que exige fuerzas de gigantes y no debilidad de enanos. Para que la palabra *maestro*, suprema gloria en lo antiguo, haya descendido en la actualidad de una manera tan lamentable, preciso es que se haya desheredado de su altura intelectual. El autor de estas líneas desearia que la palabra *maestro* fuera siempre sinónima de *sabio*, y si existiera mas cerca de los gobiernos, se lo diria así.

No: el magisterio público no puede arrastrar una vida de ignorancia que le mantiene en condiciones tan fatales. Seria una amarga irrisión y una condena funesta para él. Si las leyes eternas é inmutables del progreso exigen que se reparta á los pueblos la luz intelectual como Dios les reparte el aire y el sol, claro es que debemos empezar por perfeccionar los medios, esos conductores á favor de los cuales se ha de verificar la corriente eléctrica y se ha de propagar la chispa. ¿Cómo ha de educar el que no está educado? ¿Cómo ha de guiar un pobre ciego á una

merosa falange de ciegos, destinados á engrandecer en su día la inmensa ola de la vida social, ese raudal viviente de las generaciones? Pedimos á las escuelas normales buenos médicos para el alma, como pedimos al colegio de San Carlos buenos médicos para el cuerpo. Si hoy no se nos dan, no es porque sea imposible; mañana se nos darán.

En España, por desgracia, carece el magisterio hasta de una obra didáctica que forme su criterio y sus convicciones para apreciar la sublime ciencia de la educación. Hay varios libros que presumen llenar este objeto, entre ellos algunos declarados oficialmente para testo de los colegios normales; mas en todos se encuentran inmolaciones espantosas de la verdad, esa cosa tan santa y tan escarnecida. Algunos, los menos malos, aparte de lo que han recibido de M. De Gerando, de Rendu, de Pestalozzi, de Bell y de otros, esculpidos en sus páginas en forma de fragmentos, representan una tabla rasa embadurnada á estilo de mosaico por infinitas divagaciones, por errores evidentes, por pueriles supercherías engarzadas en la peor literatura, que es la vanilocuencia. En ellos se nota la ausencia del método, que es á la vez la ausencia de la originalidad, hija del genio, y la ausencia de lo exacto, que es la verdadera derivación de la recta, ofreciendo en cambio un laberinto difuso de estéril palabrería, con lo cual se pretende en vano hallar aquellas soluciones propias del talento, que no necesitan vestido tan deslumbrante, y que, por el contrario, se alejan del enigma y de la sofistería para refugiarse en el campo adorable de la sencillez, que es el mas fértil.

Y no es que reprobemos se traduzca á De Gerando, ni á Rendu, ni á Pestalozzi, ni tampoco á Fénélon, ni á Bernardino de Saint-Pierre, esos sacerdotes misteriosos de la belleza que han realizado un consorcio entre ella y la verdad para ponerle al servicio de la educación del alma: no; lo que lamentamos es que no se les haya traducido por completo, y que no se les propine íntegros á los aspirantes al magisterio. Esto hubiera sido mejor, y tampoco hubiera dejado de ser utilitario.

Y, volvemos á repetirlo, no serán seguramente estos tratados los mas imperfectos que corran en España, aunque no con tan buena ventura. Si fija-

mos un poco la atención en este ramo de la bibliografía, tal vez encontremos alguno falto de sentido comun, plagado de chocarrerías, escrito con absoluto desconocimiento de la materia, deforme y chabacano, impreso sin otra razón que porque todo se imprime, permitasenos la frase. Esto es digno de deplorarse, y tambien si nos halláramos mas cerca de los gobiernos les aconsejariamos que se apresuraran á abrir un solemne concurso para premiar la obra mejor de la ciencia de la educación que se presentase con destino á los institutos normales.

En el número próximo daremos fin á estas ligeras observaciones.

LEANDRO A. HERRERO.

AL NIÑO MANUEL.

hijo de los señores de De-Vos.

¡Por qué alegres las campanas
agitan el rauda viento?

¡Por qué suena el grave acento
del órgano en derredor?

En ese concierto augusto
hondo misterio se encierra:
es que ha llegado á la tierra
un ángel de paz y amor:

¡Ven, Manuel, de tiernos padres,
ven á ser luz y corona,
el anillo que eslabona
un ser feliz á otro ser!

¡Y si por cárcel umbría
dejas hoy tu patria hermosa,
piensa que en la lid honrosa
hay palmas que merecer!

¡Tú llorabas al cruzar
las sendas que al mundo guían,
mientras todos sonreían
con amante frenesí;
haz que al borde de la tumba,
lleno de santo consuelo,
tú sonrias mirando al cielo,
y todos lloren por ti!

ANGELA GRASSI.

Madrid 13 de agosto de 1864.

¡SOMBRAS!

El sol había escondido sus rayos tras las montañas de Occidente; una faja de grana enrojecía aun el horizonte; á poco, el rojo color sobre el que se recortaban las nubes en grupos caprichosos con fondo de nácar y perfiles de oro, era borrado por una neblina de ópalo: el azul del firmamento perdía poco á poco su transparencia, y las estrellas brillaban en la inmensidad con sus cambiantes de mil colores, mientras la luna estendía sus rayos azulados.

Era la noche: la hora de los misterios.

Los altos picos del Pirineo, heridos por la luz de la luna, resplandecían con el manto de nieve que ocultaba sus cimas; la brisa volaba de roca en roca, y al pasar los torrentes les robaba precioso caudal de aljófar, que luego arrojaba juguetona sobre las plantas, estremecidas de placer. Las cascadas, precipitándose bullentes de lo alto de las peñas, pasaban murmurantes bajo un arco de vapores, y estendiéndose á poco tranquilas en sus lechos de césped, acariciaban á las glicicias que brotaban en sus orillas.

Todo era silencio y soledad.

Una figura diáfana, cubierta con una túnica blanca, ceñidas las sienes con un laurel y llevando en sus manos una trompa de extrañas formas, cruzó el espacio agitando sus grandes alas de colores. Venía de Occidente, y en su veloz carrera dejaba tras sí una cinta plateada semejante á las fajas que señalan el rumbo de las estrellas errantes.

Era *Endovélico*, el ángel protector de la España.

Dios le había formado de los vapores de la mañana, de las emanaciones de las flores y de las lágrimas del rocío, é imprimiendo en su frente un rayo de divinidad: *¡vela!* le dijo, y le señaló las tierras españolas.

Endovélico desde entonces velaba.

El Genio llegó á los Pirineos, revoló un instante sobre ellos formando un círculo de luz, y bajó á ponerse sobre la alta cumbre del Netú (1), donde el

aire agitó su ropaje y la luna le envolvió en sus blancos resplandores.

Allí quedó inmóvil y silencioso, semejante á una estatua, cuyo pedestal lo formaban ese grupo colosal de peñascos, esa barrera puesta por Dios para separar dos naciones; los Pirineos, con sus plateadas neveras, sus abismos sin fondo y sus verdes valles. Al verse el ángel sobre la roca, batió sus alas un instante, tendiendo sus miradas por los inmensos llanos que desde aquella altura descubría.

El rumor de los torrentes y los gemidos del viento eran los únicos sonidos que interrumpían el sepulcral silencio de la noche. De repente, un grito estruendo y penetrante cruzó por el espacio. Á aquel grito desconocido, Endovélico se estremeció, y fijó sus ojos centelleantes en el oscuro horizonte, velado por las sombras.

Allá hacia el Oriente apareció de pronto una luz roja que fue tomando proporciones, estendió sus rayos, y formó un arco de resplandores iluminando el firmamento como una aurora boreal.

Al aparecer aquellos tintes fantásticos, el Genio tutelar inclinó la cabeza, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas; un segundo grito, semejante al primero, hendió los aires: á su eco, Endovélico alzó la frente, estendió su penetrante mirada en derredor, aplicando á sus labios la bocina que guardaba en la mano, respondió al grito inesplicable con un fuerte toque de trompa, que, retumbando por la montaña, fue á morir al llano.

Entonces, como si aquel sonido hubiese sido el consejo de un mágico, se obró una cosa sorprendente.

Los picos de las rocas y las cumbres de las montañas, inciertamente veladas por la bruma, aparecieron pobladas de resplandores fosfóricos, que, agitados en ondas azuladas, dejaron luego en su lugar otras tantas sombras humanas.

Aquellas blancas fantasmas se balancearon sobre las peñas, y, desprendiéndose de ellas, quedaron por último meciéndose en el aire reunidas en una misteriosa procesion que comenzó á desfilar por delante de Endovélico. Aquellos seres misteriosos al través de cuyos cuerpos se trasparentaba la luna, tenían las formas de antiguos y conocidos personajes:

(1) Montaña de la cordillera pirenaica.

se divisaban las legiones sacrificadas á su heroísmo bajo las ruinas de Sagunto y Numancia; allí los vencedores en Roncevalles; allí Guzman el de Tarifa, Rodrigo de Vivar y Cisneros, Pelayo, el Rey pastor y Jaime el Invencible; era un mar de sombras; parecía que todos los sepulcros abiertos en España al heroísmo habían arrojado á sus moradores.

Al pasar la última de las fantasmas ante Endovélico, este extendió sus alas, y remontando su vuelo, fue á colocarse á la cabeza de aquella comitiva tan misteriosa como extraña.

Así continuó volando en dirección al Oriente aquella larga fila de espectros.

La luz roja que brillaba en el espacio se aproximaba.

Una larga cinta de plata se veía cruzar el llano. Era el Ebro.

En sus cristalinas aguas se reflejaban los resplandores de aquel fuego que guiaba á las fantasmas, las cuales se extendieron sobre el río veladas por una densa neblina.

Allí, junto á las orillas, apareció una ciudad incendiada.

Era Zaragoza.

Zaragoza, la hija de Agripa, la querida de Augusto, la favorita de Recesvinto, la sultana de Alboacem, la protegida del Gran Alfonso.

Zaragoza la fuerte, la leal, á cuyos muros había llegado el eco del *Dos de Mayo*, y que con el valor del heroísmo se lanzaba al combate ansiosa de vengar á sus hermanos.

El león de España se ha despertado, ha sacudido su melena, y estiendo su garra hácia el águila del imperio.

Tiempo hacia que la reina del espacio no luchaba con el rey del desierto; pero tampoco es la vez primera que se hallan frente á frente. Preguntad á Carlo-Magno por Roncevalles, y vereis estremecerse la estatua de su sepulcro; nombrad á Luis XII el Gran Capitan, y le vereis tender una mirada temerosa sobre las orillas del Garellano; señalad á Francisco I y á Enrique IV las campiñas de Pavía y San Quintín, y los contemplareis aterrados; recordad, por último, á Napoleon el nombre de Zaragoza, y escuchareis un triste gemido resonando en las rocas

de Santa Elena. Endovélico muestra á las sombras aquella invicta ciudad que muere y no sucumbe.

Rodeada por un círculo de fuego, envuelta en una nube de humo, sembrada de cadáveres, ahogada por los escombros, Zaragoza rechaza á sus enemigos como las aristas el vendabal; el estrago, el exterminio sacuden sus alas, y el hambre, la peste, asoman sus rostros cadavéricos entre el resplandor del incendio.

Un rumor sordo vaga por entre aquel ejército de fantasmas. «¡Aun vive nuestro ejemplo!» gritan los numantinos... y la lucha continúa: surge la metralla, vuelan los reductos, caen en sangrientos pedazos sus defensores, estalla el incendio, y palacios, hospitales, templos, se derrumban en humeantes escombros.

«¡Paz y capitulación!» grita el francés.

«¡Guerra á cuchillo!» contesta Palafox.

«¡Rendíos y os perdono!» replica el enemigo.

«¡Zaragoza no sabe rendirse! ¡Después de muertos hablaremos de eso (1)!» grita el aragonés.

Y cuando todo ha concluido, y los escombros señalan el lugar do fue la ciudad, un grito terrible de *¡aun vive España!* sale de aquella hueste de sombras que se dispersan y vuelven á hundirse en sus sepulcros, después de haber presenciado el mas heroico drama que desde las luchas de Roma y Cartago habia tenido lugar en Iberia.

Endovélico extendió sus manos bendiciendo á la noble ciudad que así habia sabido cumplir con las leyes del honor, y remontando su vuelo se perdió en el espacio, murmurando: «¡Bendito seas, pueblo ilustre, bendito seas!»

Y Zaragoza, envuelta en sus ruinas, quedó rodeada del hermoso perfume de la inmortalidad, teniendo en sus tapias de Santa Engracia la mas brillante historia, escrita por las balas francesas, mientras el Ebro llevaba aun en sus corrientes el último destello de aquel eco grandioso y terrible: *¡AUN VIVE ESPAÑA!*

JOAQUÍN TOMEO Y BENEDICTO.

(1) Histórico.

CATORCE AÑOS.

A la simpática y distinguida poetisa señorita
doña Clotilde Aurora Príncipe.

Tienes catorce años,
bella Clotilde,
años que son ahora
dulces abriles:
tus años, niña,
son hoy la primavera
de nuestra vida.

Eres la flor que nace
pura y alegre,
dando envidia á las flores
de los vergeles:
eres, Clotilde,
del altar de los mundos,
cándida vírgen.

La tórtola que solo
canta en los valles,
tiene morenas, niña,
sus plumas suaves:
tú eres morena,
y eres la tortolilla
de la inocencia.

Si lánguidas y dulces
son las palomas,
amantes é inocentes
viven las tórtolas:
pájaros tristes
que, en lo oculto del bosque,
dolientes gimen.

Cuando tú de tus padres,
niña, te acuerdas,

cual las tórtolas cantas,
gimes cual ellas:
la luna sale...
y las lágrimas bebe
de tu semblante.

Cantas como las ondas
que tuerce el lago;
como cantan las brisas
del Océano:
cantas, Clotilde,
como espumas y flores,
auras y cisnes.

Eres la huerfanita
que llora y busca
de su padre y su madre
la sepultura:
eres el astro
que ilumina las noches
de tus hermanos.

Eres, niña, la imagen
de la violeta,
á quien cubren las hojas
de la modestia:
cual la flor luces,
y el rubor son las hojas
con que te cubres.

Eres la navecilla
que fácil corre
por mares de esperanzas
y de ilusiones:
sus blancas velas
son el escudo hermoso
de tu inocencia.

Navecilla que sola
busca la playa,
flor que tiene su cáliz
lleno de lágrimas:
¡ay huerfanita!
los ángeles te guardan
y Dios te mira.

A. F. GARCÍA.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación) (1).

IX.

Otro encuentro inesperado.

Desde aquel día, el espíritu de Julia volvió á sufrir de nuevo.

La ausencia, ese sueño de las afecciones, que confundimos con el olvido, había mitigado un tanto la amargura de su corazón; pero cuando volvió á ver á Arturo; cuando sus negros y brillantes ojos, cercados de plumizas ojeras que marcaban la melancolía de su alma, se fijaron en los suyos; cuando recordó que había reposado en aquellos brazos que tanto había huido y que tanto había amado á la vez, su conformidad se rebeló de una manera espantosa.

Ya no fueron delirios, fueron realidades de una terrible verdad los que la atormentaron.

Aun creía percibir los latidos del corazón de aquel hombre que había respirado tan cercano á su aliento.

Aun le parecía sentir en su costado izquierdo la presión de una delicada mano nerviosa y ardiente.

Aun creía escuchar apasionados suspiros que aca-

riciaban su frente, como las auras de mayo las coronas de las rosas.

Todo respiraba alrededor suyo el reflejo de otro ser, el aroma de otra existencia.

El aire que vagaba en torno suyo le parecía traer el perfume de los negros rizos de aquella cabeza, bella como la de Felipe el Hermoso, y triste y sombría como la del Tasso.

Las mujeres idealizan hasta los mas fantásticos extremos al hombre que aman.

Sus almas, espirituales y sensibles, serian muy dichosas solo con saber que poseian el espíritu de hombres que se elevasen cual ellas en alas de la Divinidad.

Una mujer es dichosa solo con saber que en el polo mas lejano del mundo hay un ser que la pertenece, que piensa en ella de continuo, que coge flores para dedicarle guirnaldas, que la envía apasionados suspiros en las auras que besan sus labios, que piensa en ella hincado de rodillas á la luna, ó mirando, desde una roca ó una colina, el cielo de aquel país donde habita la virgen de sus amores y sus ensueños. Porque la mujer toda es amor y poesía.

¡Pero la pobre Julia! ¿Tenia acaso el derecho de pensar en aquel hombre? ¿No era un crimen á la faz de Dios, del universo y de su conciencia?

¿Cómo alzaría su frente radiante y pura, diciéndole al mundo "soy inocente," cuando abrigaba en su alma, como un tesoro escondido, el amor de un hombre que la Iglesia, los votos y las leyes habían dado para siempre á otra mujer?

¿No era un sarcasmo del destino, una vision de su agonía, el saber que aquel hombre pensaba en ella y la amaba acaso, cuando otra poseía su nombre, su eterna palabra, sus derechos, su persona, sus títulos y sus riquezas?

¡El oro!... ¿qué le importaba á ella el oro? ¿Los títulos!... ¿qué son los títulos para quien ama de veras? ¿Sus derechos!... ¿tiene acaso derechos el amor? ¿La palabra!... ¿qué importa la palabra cuando el corazón no siente? ¿Su nombre!... ¿Su nombre!... ¿Su nombre!... Su nombre era lo que ella necesitaba y no tenia. Su nombre, para que el mundo no la dijese: "¿con qué derecho le amas?...". Su nombre, para que Dios no la preguntase: "¿dónde está el esposo de la

(1) Véase nuestro número anterior.

esposa? Su nombre, para que su limpia frente no tuviese una mancha negra como la agonía de su corazón.

¡Ella le hubiera amado tanto! ¡Ella, tan hermosa, tan rica, tan jóven, tan hechicera, hubiera sido gustosa su esclava, mientras que la mujer que el destino le había dado insultaba su nombre, y amaba mas un lazo, una flor, un capricho cualquiera, que aquel ser hermoso y privilegiado como ninguno á los ojos de la desventurada Julia.

¡Oh, sí, sí, decia! esa mujer no le merece; esa mujer es su enemigo; esa mujer será su ruina.

¡Y yo... yo he de verlo!... ¡Yo he de saber que le hacen sufrir, que le martirizan, que le deshonoran acaso, sin poder arrancar de sus brazos el verdugo de su honor, el tormento de su vida!

¡Ah pobres mujeres!... ¡por qué reís? ¡por qué gozáis cuando nada sois en el mundo, cuando vuestra inteligencia está sujeta, dominada por la sociedad, y vuestro brazo solo puede sostener un ramillete de flores?

Pues qué, si yo fuese hombre, si esa mujer lo fuese tambien, ¿amargaría impunemente sus dias sin que yo le arrancase el corazón?

¿No encontraría mi volcánica cabeza un pretexto honroso para batirme en buena ley y castigar los dolores y las injurias de quien tanto amo?

¡Si ella le hiciese feliz! ¡Si le quisiera como yo! ¡Ah, entonces... entonces le perdonaría el que le perteneciese! Vería desde lejos su dicha, como ve en la cresta de un monte el pobre jaramago la lindísima flor del valle cercada de arroyos cristalinos que la fertilizan con dulzura.

Vería su felicidad como ve una mujer estéril la dichosa madre rodeada de hermosos hijos, que pasan sus manitas de nieve por su barba, dándole los mas tiernos títulos.

¡Y yo!... ¡yo sufriría!... ¡sí sufriría! pero la amaría á ella por que le hacia feliz, amaría á los hijos porque eran sus hijos...

¿Qué no es capaz de amar una mujer si ama de veras?

¿Hay acaso en ella dureza ni egoismo?

Quédense esos bastardos sentimientos para el hombre, calculista y avaro; pero ¡la mujer! la mujer

no tiene otra dicha, no tiene otros derechos, no tiene otro porvenir ni otros ensueños que decir á todas horas con ternura: «¡Me ama! ¡Le amo!»

No quedaban mas que dos partidos á la pobre Julia: ó asesinarsé lentamente con ideas desgarradoras, ó aturdirse en el bullicio del mundo y sus placeres.

¡Placeres!... ¿puede acaso una mujer tener placeres? Para gozarlos seria necesario que arrojase á la sociedad el velo y la corona inmarchita para verlos rodar bajo inmundas plantas, perdidos su perfume y su frescura.

¡Placeres! ¿y qué son placeres? los que procura buscar el alma con avidez, sin hallarlos nunca.

Por un dia de goce que le diera el mundo á una pobre mujer, le ofrecería quizás una vejez de oprobio y amargura.

Por un dia de falso brillo y mentido oropel, una diadema de espinas que taladrase sus sienes.

Por una hora de adulacion y mentira, un voraz tormento para el porvenir.

Porque la mujer escucha y no olvida, mientras el hombre pasa con su falsedad y su ligereza sin volver á acordarse quizás que marchitó una existencia, que deshojó una flor, que agostó una esperanza.

Lo que mas atormentaba la mente de Julia era el recuerdo de los primeros dias de su amor.

Se acusaba, no sin razon, de haber perdido una dicha que pudo obtener por orgullo y desconfianza.

—¡Él volvió á mí, decia, como vuelve la oveja perdida al redil de donde salió para internarse por los riscos!...

Volvió, y volvió arrepentido, sumiso quizás; pero no nos entendimos. La niñez y la ignorancia son sinónimos de muchos errores.

¡No quise un amor que se me ofrecia por compasion únicamente!...

¡Y ahora..., ahora aceptaría aunque fuese su amistad, si con ella pudiera hacerle dichoso!...

Pero..., ¿quién llama su amigo al que amó una vez con otro sentimiento?...

¡Amigo!... ¿Qué fria es esa palabra!... ¡Y, sin embargo, quema mis labios, porque es la única que puedo concederle!...

¡Estoy loca! ¿Puede un hombre casado tener ami-

gas? ¡Comprende el mundo la pureza de dos corazones á quienes aleja el deber y reúne la simpatía y el sentimiento?

¡No!... ¡No!... ¡Es su amiga! dirían riendo maliciosamente, y mancharían con su risa la castidad de dos almas superiores y delicadas. ¡Su amiga!... ¡Jamás!

«¡Es su amiga!» dirían al pasar cerca de ambos, y volverían la cabeza con desden, con ese aire de insultante desprecio que mata á la mujer virtuosa y hace insolente, desapiadada y cruel á la culpable.

El mundo culpa y no analiza.

Reprocha y no educa.

Acata el pecado cometido con audacia, y pisotea y humilla el de la inocencia ó la pasión.

Si una mujer tiene en la mirada el poder del dominio y la altanería, el hombre parece que disculpa su culpa; pero si la infeliz tiene en los ojos la conciencia de su delito, en lugar de compadecerla, la humilla y escarnece.

¡Bendita la frente pura que domina por la virtud y triunfa con la modestia!...

Si las mujeres se quisiesen un poco más á sí mismas, si comprendiesen que la paz de la existencia estriba en un momento de mentira bien representada, ó de pasión que dejará de serlo tan pronto como sea creída, harían pedazos su corazón mil veces como la pobre Julia, antes que ser débiles ni ceder un ápice siquiera en la línea trazada por la razón.

Su vida había sido un suplicio desde antes de conocer á Arturo; porque le vió desde niña en su fantasía, le encontró después en imagen, le halló luego en cuerpo y alma, y le adoró más bien que le quiso; pero siempre digna, amante y delicada, no quiso cometer esas humillaciones que en seres vulgares aumentan la pasión, mientras que la destruyen en las almas de un temple superior.

Arturo no era un hombre que se podía conquistar por medios fáciles ni naturales.

El camino del amor tiene tantas sendas como corazones existen en el mundo; pero en cada una de ellas hay distintas flores, que es preciso saber cultivar con estudio y esmero.

Lo que á unas fertiliza, á otras las mata.

Lo que á unas las hace brillar y dar perfume, á otras las descolora y deja sin aromas.

Arturo pudo ser dueño de Julia, como lo es el rico americano de los esclavos que compra; pero para ser dueño de esta mujer sublime no bastaban los amores que se conceden á todas: era necesario hacer un estudio profundo de su corazón, herir sus fibras con la ligereza y maestría que las hermosas indias de ojos negros y alma ardiente saben herir las cuerdas del arpa melodiosa, que es la poesía de su vida desde la niñez.

Pero ambos jóvenes se hallaron en esa edad en que el corazón no sabe sujetarse á los consejos de la inteligencia, en que todo es rápido como el pensamiento de un loco, y amamos por amar, sin preguntar el por qué de ese amor, ni buscar los ejes que han de sostenerle.

¡En esa edad perdemos casi siempre la media naranja de nuestra triste vida, y luego nos afanamos por buscarla en vano!

.....

¡Quién sabe dónde fue! Cual hoja seca corrió por los confines retirados, y silbando los aires iracundos á otra región por siempre le llevaron. Y dos almas gemelas y amorosas que debieron partir un lecho blando, entre zarzas y espinas y huracanes vertieron sin cesar amargo llanto. Los ojos se afanaron por buscarse, en los montes, los valles, los collados, en la extensión del mar, en las colinas, en el sol, en la luna, en los espacios. Pero ¡ay Dios! se perdieron para siempre. Voló la juventud y el entusiasmo, secáronse las fuentes del espíritu, como el rudo aquilón seca los campos. Como las florecillas que lucían en las mañanas del tranquilo mayo se secan, se confunden, se anonadan, con el ardor estivo del verano. Y estas dos almas ya, ¿quereis decirme si á otras almas acaso se ligaron, que les pudieron dar más que el hastío de cuerpos que abandonan los sudarios? El alma es una flor, que una vez seca, se asemeja al sepulcro solitario, donde quemantes lágrimas vertieron, que en vez de refrescarle, le secaron. El alma es una madre cariñosa que va á buscar allá en el campo santo el hijo que adoraba cariñosa.

y que perdió una vez para no hallarlo.
El alma sabe amar, por mas que nieguen
que hay amor en la tierra los humanos;
pero al ir á encontrar su compañera,
las separa en sus olas el Océano.

.....
Aquí llegaba Julia en la lectura de unos versos
que sabia casi de memoria, cuando Dolorcillas, su
alegre doncella, vino á anunciarla que de allí á pocas
horas llegarían á buscarla unas lindas señoritas que
venían con otras de Cádiz á visitar la poblacion y
á ver algunos de sus muchos edificios y cosas no-
tables.

—¿Y quién te ha dicho que me participes eso?

—Un criado de doña Laureta.

—Bien; pues prepárame un traje y un sombre-
rillo.

—¿Cuál, señorita?

Julia la miró sonriendo distraidamente.

—¿Qué traje, señorita?

Julia la volvió á mirar, sin verla ni oirla.

—¿Qué sombrero, señorita?

Julia volvió á sonreír por costumbre.

—¿Qué vestido preparo?

Julia inclinó su cabeza sobre el libro, y siguió
leyendo:

¡El alma sabe amar! ¡amor bien triste
que no sabe buscar el ser amado!...
y le aleja á otros climas, donde vuela
como la flor marchita del naranjo.
¡El alma sabe amar!... verdad rosada
como el almendro, con su fruto amargo,
muy florido á los ojos del viajero,
que al tocarle á su boca, ve el engaño.
¡El alma! ¡y qué es el alma mientras vive,
en este cuerpo de mezquino barro?
un ruiñón que gime en una jaula
anhelando volar por el espacio...
Un alma sola en el mezquino mundo
es como en medio al mar un solo barco,
que la gran tempestad y altivas olas
hacen en un momento mil pedazos.
El alma necesita de otra alma
como el socorro el infeliz naufrago,
como el perdido caminante el guía,
y como el viejo su nudoso báculo.
Como el niño los brazos de la madre,
como el pastor sencillo su rebaño,
como el ciego su perro, ó lazarillo,
y como el preso, que se cumpla el plazo.

—¿Qué vestido, señorita?

¡Qué sombrero, qué guantes?

¡Vaya! ¡quiere V. el traje color tórtola con la pa-
samanería blanca?

¡Quiere V. el violeta, recamado de terciopelo de
realce?

¡Quiere V. el negro con los adornos de moaré en-
cañutados?

¡Quiere V. el de color marrón con los adornos de
guipure?

.....
¡El alma! ¿do se fue? ¿qué hizo la mia
cuando dejó mi cuerpo lacerado?

¡Volar! ¡siempre volar! sin hallar nunca
la alegre rosa de vergel galano.

.....
—¡Ah! ¡ya caigo! ¡querrá V., señorita, el vestido á
la inglesa que le mandaron de Lóndres, y con el
cual parece una hermosa emperatriz?

.....
¡Vuela, alma mia! ¡vuela por los mundos!
quizá te aguardan sus amantes brazos;
él también correrá tras de una dicha
que como el agua se escapó en sus manos.
¡Qué me importa que el cuerpo quede solo
como queda sin libros un armario!...
El andará, mientras le dé la vida
materialismo torpe y animado.

—¡Señorita! ¡señorita! ¡por Dios! ¡hace una hora
que la estoy preguntando el vestido que va á lle-
var, y solo me contesta unas cosas que da miedo
oirlas!... ¡Vamos! ¡despache V., por Dios, que vendrán
esas señoras!

.....
El alma pertenece solo al cielo,
entregadle ya el cuerpo á los gusanos,
y en alegre festín se saborean
con grandezas y trajes tan profanos.
Di: ¡prefieres vivir como un autómatas
triste, lloroso, macilento, pálido,
como aquel que subiendo una montaña
encuentra un precipicio por descanso?

.....
—¡Dios mio! ¡la señorita se ha vuelto loca, tiene
calentura, le va á dar algo! ¡Señorita! ¡señorita! ¡por
Dios! ¡Respóndame! ¡Respóndame, ó empiezo á dar
gritos! ¡Dios mio! ¡esto ya pasa de raya! ¡Esto es mas
serio que parece!

Y la pobre Dolorcillas empezó á sacudir el brazo derecho á su señorita, poniéndole al mismo tiempo una mano en la frente para cerciorarse si se habia vuelto loca ó estaba en su razon.

Julia no se sorprendió de esta familiaridad, porque era buena como un ángel para sus criados, y, alzando la cabeza, miró á su doncella con dulzura, diciéndola: ¿Qué quieres? ¿qué necesitas? ¿Me preguntas algo?

—Si he dicho á V. cien veces qué traje necesita para acompañar á esas elegantes señoras que van á venir.

—¡Pobrecilla! ¡tienes razon! ¡Yo leía! leía sin acordarme que estabas ahí, leía sin pensar que el mundo me llama, y no de un modo cualquiera, sino disfrazada con el traje de la felicidad, con el de la hermosura y la grandeza.

Ve, sí, ve y abre mis cómodas, mis arcas, y saca mi mas rico vestido. ¡Tengo tantos!... ¿Y el alma? ¡el alma, mientras, desnuda, pobre y sola de todo afecto humano! dijo Julia interiormente, en tanto que la doncella iba á cumplir sus órdenes.

¡Tantos vestidos, mientras que algunas madres serian felices con poder cubrir la desnudez de sus amados hijos, y no tienen un pedazo de lino ni una vara de lana con que envolverlos!

(Se continuará.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La moda se viste alegremente; apresurémonos á presentarle un rostro en consonancia para no formar un contrasentido. ¿Quién se ostenta vestida de encarnado con una fisonomía triste ó mal humorada, sin llamar la atencion de los que generalmente fijan sus miradas sobre un traje, como solemos decir, que se ve de lejos?

Decididamente este matiz es el indicado en los

preparativos de otoño, porque, preciso es confesarlo, la moda tiende vivamente á adoptar los colores visibles. Prescindiendo del traje enteramente encarnado, francamente aceptado por algunas escepciones, lo encontramos como accesorio en casi todas las *toilettes*; enaguas, vestas, medias bordadas, guarniciones de sombreros, todo debe ser encarnado si tenemos alguna pretension de seguir la moda.

La última palabra de la novedad es el paletot sin mangas, verdadera vestimenta de Carnaval. La manga del vestido depasa, y en la vuelta del paletot se coloca un encaje, sea en pasamanería franjeada de perlas, ó, lo que es mas admitido, una larga franja lama.

Puesto que estamos en el caso de señalar las novedades, digamos algo sobre los collares. Independientemente de los negros que exigen imperiosamente todos los trajes de salir, y cuyo peso es capaz de hacer doblegar el cuello, se llevan para reunion de cristal de roca. Este adorno, que cuando empezó á mostrarse con bastante timidez el invierno último fue objeto de crítica general, ocupa hoy un lugar no solamente entre los objetos aceptados, sino entre los que hacen furor. Todas nuestras elegantes se cubren de estos vidriados, verdaderas joyas salvajes que dominan en los mas espléndidos bailes de los Casinos.

Á la par de las fantasías escéntricas que llevan gran tendencia á sobreponerse á las otras, notamos encantadores objetos de buen gusto, y cómodos al mismo tiempo. Entre estos se hacen citar las chaquetas cortas en muselina lisa ó bordada, que se llevan con los trajes de foulard ó de tafetan, y con todos los trajes claros escotados y de manga corta. La guarnicion de estas chaquetas, generalmente ajustadas, se compone de un volante, y aquí del lujo y la fantasía. Este volante es de tela igual, encañonado y con cabecilla, ó guarnecido de encaje, ó de encaje todo él; esto depende del destino de la chaqueta y de la elegancia de la que la lleva. Las jóvenes solteras y casadas se han apresurado á aceptar estas chaquetas.

Es necesario renunciar sin réplica á las enaguas de percal, enteramente abandonadas y declaradas imposibles aun con los vestidos claros, á pesar de

que con algunos es un contrasentido. Para este caso es la enagua de alpaca, de moiré ó de tafetan blanco, con entredoses de encaje negro. Fuera de estos trajes, con los cuales es imposible llevar otra enagua que blanca, se prefiere generalmente la de color. Un vestido de alpaca ó de linon blanco se trapea maravillosamente sobre una enagua encarnada ó amarilla, y esto se comprende, puesto que las elegantes suelen reproducir sobre sus sombreros el color de la enagua. Está perfectamente admitido el llevar las faldas interiores en alpaca de matices bastante sólidos para soportar las escursiones de estío, lo cual es sumamente cómodo.

Ocupémonos de algunos trajes enteramente nuevos.

Uno de alpaca blanca con dos volantitos en el bajo de la falda describiendo festones bordeados de encarnado, é interrumpidos sobre cada costura por una tira de alpaca, que partiendo estrechísima desde el talle, marcha ensanchando hasta el bajo, bordeada tambien de encarnado y ornada en su altura con una fila de botones de nácar. La pequeña vesta en conexión es de forma turca, y abierta sobre un chaleco encarnado; enaguas idem.

Otro de linon gris rata, con tres entredoses de encaje sobre trasparente azul en el bajo de la falda, describiendo arabescos. La falda está trapeada sobre una enagua azul. El cuerpo es la verdadera casaca guardia francesa con vueltas azules, y abierta sobre una camiseta con guirindola de encaje. Ambos modelos pueden servir igualmente para las aguas, terminándolos competentemente: el primero con un casquete Vermond en paja de Italia, adornado de cascabeles de paja, terciopelo encarnado y pluma blanca. El de linon adoptará un pequeño tricornio guardia francesa con adornos azules y largo lazo descendente sobre el hombro izquierdo.

Para traje de ciudad, al contrario; sobre el de alpaca se ajusta un pequeño paletot cimbreado en tela igual con anchas vueltas, ribeteadas de encarnado y guarnecidas de botones de nácar; sombrero cerrado en crin blanca guarnecido de lirios y de felpilla encarnada, dispuesta en retorcidos y bolas. Sobre el de linon un cuellecillo en tela igual, guarnecido de tres vueltas de entredoses y un pequeño guipure al borde, y luego un sombrero de tul sembrado de per-

las azules y adornado de un agremant de paja, reteñiendo una mazorca de acianos.

Podeis ver, queridas lectoras, cómo el mismo traje se utiliza para dos fines; sabiendo variar los detalles sin casi tocar el conjunto.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de muselina; el bajo de la falda está guarnecido con tres entredoses describiendo festones y puestos sobre transparentes de tafetan. Cuerpo alto con pliegues, y mangas largas. Cintura corselillo con aldetas cuadradas, adornado de guipur. Adorno de cinta en los cabellos.

Segunda figura. Vestido de granadina; en el bajo de la falda está un volante encañonado, y encima un entredos de encaje, y despues una banda de tafetan ondeada por ambos lados, y sobre la cual se destacan de trecho en trecho unas hojas de encaje. Cuerpo de escote cuadrado; manga corta. Pelerina blanca cuadrada guarnecida de encaje; mangas iguales, redondas por el puño. Adorno de cabeza á la italiana, con encajes detras y flores delante.

Tercera figura. Vestido de organdí color de rosa; el bajo de la falda está cortado en ondas, teniendo al borde un volante de encaje negro. La forma del vestido es hechura *Gabriela*, con entredoses de encaje encuadrando el paño delantero, sobre el cual va una hilera de botones. Cuerpo escotado, mangas bullonadas de tul y largo *fauchon* de encaje, que viene á cruzar sobre el pecho, y termina por detras en largos cabos flotantes. Toquilla de encaje en la cabeza.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion
Ayuntamiento de Madrid

Nº 17 P. 1º

